

partición de títulos hecha por el Presidente de la República á los primeros alumnos que han terminado la carrera. Es una hermosa producción que cautiva no sólo por la elevada mira de las ideas sino por la limpieza y fluidez del estilo que recuerda el de los príncipes de la tribuna española.

Sus últimos trabajos son cinco biografías incluídas en la obra que con el título de « Liberales Ilustres Mexicanos » y con la colaboración de un grupo de notables escritores, está editando el Sr. D. Daniel Cabrera. Hé aquí los próceres biografiados: Valentín Gómez Farías, Jesús González Ortega, Pedro Ogazón, José María Patón, y Manuel Cepeda Peraza. El número total de biografías que Gómez Flores tiene compromiso de escribir para dicha obra es de 18, y es inútil añadir que en las ya publicadas campean su conocido criterio y su estilo, así como campearán sin duda en las sucesivas.

Gómez Flores ha sido diputado tres veces á la Legislatura del Estado de Sinaloa, Ministro supernumerario del Tribunal Supremo del mismo Estado, Vocal de la Junta Directiva de estudios del puerto de Mazatlán y Regidor del Ayuntamiento en dicha localidad.

El Sr. Gaxiola lo considera con justicia el verdadero fundador y propagador del periodismo en Sinaloa.

Joven todavía, amante como pocos del estudio, modelo de hijos y de amigos, se casó en Mazatlán el 12 de Marzo de 1890 con la Srita. Isaura Gómez y vino á México donde tiene su hogar lleno de tranquila y dulce felicidad.

Grandes servicios ha prestado á las letras y á la instrucción pública; sus libros son por decirlo así, historias de su época bajo el punto de vista del desarrollo intelectual y moral que las ha caracterizado; mucho producirá todavía su pluma, pues mucho prometen su edad, su instrucción y su talento.

Goza de gran estimación entre las personalidades salientes de la política y la administración y se le augura brillante porvenir en ese sentido.

Su nombre no se perderá en el olvido, pues es ya un timbre de honor en la literatura de mi patria.

PRÓLOGO DE LAS POESÍAS COMPLETAS

DE JOSEFINA PÉREZ DE GARCÍA TORRES

No es para todos los espíritus nutridos en el frío prosaísmo de nuestra época, un gran acontecimiento la aparición de un nuevo libro de versos. Parece á muchos que en este siglo del hierro y del carbón, debe de considerarse á los poetas como personajes trashumantes que se quejan, se duelen y se plañen de las miserias de la vida á semejanza de esas aves exóticas que hasta los cazadores deprecian y que nacen y mueren en lo más recóndito de un bosque.

Ya no hallaréis á los trovadores antiguos que erraban de ciudad en ciudad, de alquería en alquería con el mandolín al brazo y la melancolía en el rostro, en pos del feudal castillo á cuyo pie anhelaban levantar en la callada noche el canto místico, expresión de sus amores.

La Grecia, altar y cuna de los maestros de lo bello vive aún en Homero; Horacio y Virgilio mantienen vivo el fuego del esplendor latino; Dante descubre á los ojos de las generaciones nuevas todas las sombrías luchas del amor y del odio que constituyen la más real epopeya de la Edad Media; Petrarca conmueve

todavía con los sollozos de la pasión más pura; Ariosto se hace aplaudir al través de los siglos con las grandiosas concepciones de su numen; Tasso trae hasta nosotros su profunda tristeza y su amor desgraciado; Shakspeare, buzo del corazón humano, tiene aún viviendo como si fueran de carne á Otelo y Macbeth, á Desdémona y á Ofelia, á Romeo y á Julieta; y Goethe puede desde el Olimpo mirar cómo se estremecen los hombres de nuestros días en frente de su Fausto que ha servido de tema á nuevas obras hijas del genio en la escultura, en la pintura y en la música.

Cervantes existe en su imperecedero Quijote; Racine y Molière surgen sobre la escena en cada vez que se representan sus obras y Calderón y Lope arrebatan los ánimos de alegría y entusiasmo con sus estrofas profundas y dulcísimas.

Desde esa sombría Alemania que clava con audacia en las nubes las agujas de su catedral de Colonia y desde esa Italia que parece reunir en su seno todas las maravillas del arte y todas las galas de la Naturaleza, hasta la India Oriental, donde Valmiki, el Homero de los Vedas escribió el poema de la religión y del amor; hasta esta América donde Cuauhtemoc, Caupolican y el Manco Capac bastan para nutrir con sus ejemplos á la epopeya y donde se identifican el vigor del ingenio, con el de la luz y de la hermosura; resuena limpia y vibrante todavía la voz de la inspiración, los acentos de aquellos bardos que si desaparecieron del estrecho estadio que pisaran con humana forma, siguen deslumbrando y conmoviendo desde el templo consagrado á los dioses por la mitología antigua y á los predilectos de la inteligencia por la edad moderna.

Luego, aunque nuestro tiempo sea árido y metalizado, la poesía no ha muerto y aun vivifica y regocija á los seres sensibles. ¡Pero si ni la poesía ni ninguna de las bellas artes se extinguirán nunca! Habría que

extinguir el amor á lo grande y á lo bello y así como los seres dotados con alas buscan el espacio, han de buscar el ideal cuantos crean y amen sobre la superficie de la tierra.

Mientras haya una religión, una esperanza, un goce ó un padecimiento en el corazón humano habrá poesía, y mientras ésta exista, servirá de consuelo, de estímulo y de placer á los hombres.

Los primeros poetas copiaban de la Naturaleza viva, por eso se encuentra en sus creaciones lo grande, lo monstruoso y lo bello del original; no tenían la corrección académica que exige la civilización á los hijos del refinamiento, pero palpitaba en sus obras el calor y la luz, el color y la forma de todo lo que una mano invisible ha esparcido en el Cosmos para eternizar su omnipotencia.

Las generaciones nuevas se han conformado con copiar é imitar á las que les han precedido, y por esto acontece que no las exceden en grandeza ni en originalidad.

La más bella expresión del pensamiento, la más delicada forma del estilo, la más resonante armonía de las frases, el conjunto estético que produce la emoción en los lectores, todo lo que el arte pide, anhelando la perfección posible, se encuentra en los poetas eminentes, en esos profetas antiguos y modernos que honran á la humanidad á quien llenan de luz con sus inmortales estrofas.

Habrà poesía mientras haya dolor ó goce y será más duradera la elegía porque el dolor es lo que más dura en la tierra. Desde los griegos, cuyo canto funeral era el *Elegos*, tan magistralmente interpretado por Minermo y los latinos que en Propercio y Ovidio, han perpetuado sus lamentaciones más hondas, hasta España con Jorge Manrique, Gallego, Espronceda, García Tassara y Ruiz Aguilera; Francia con Millevaye, André Chenier, Lamartine y Leconte Delisle; Italia

con Petrarca, Leopardi, Praga y Carduci; Inglaterra con Young; Alemania con Schiler y Polonia con Kranski, la tristeza, el dolor y la soledad han servido de Númenes á los más inspirados ingenios.

La noche pertenece al pensamiento, dice un gran escritor, y todos estos poetas, cantores de la tristeza tienen sus « Noches inmortales. »

¿Por qué ha sido y será siempre la noche, templo de la tristeza y de la meditación, el encanto de los poetas? Diderot nos lo explica hermosamente :

« No es por el color, ni por los astros que brillan en la noche, por lo que nos admira el firmamento. Si colocados en el fondo de un pozo no vierais más que una pequeña parte, seriais de mi opinión; una mujer que fuera á una tienda de sedas y el dueño le ofreciera una vara ó dos de firmamento, quiero decir, de una tela del más bello azul, con brillantes estrellas, no lo tomaria para hacerse un vestido; de qué nace pues, el transporte que nos causa una noche serena y estrellada? Es, si mucho no me engaño, del espacio inmenso que nos rodea, del silencio profundo que reina en este espacio, y otras ideas accesorias, referentes las unas á la astronomía y las otras á la religión; al decir astronomía quiero referirme á la popular, que se limita á saber que estos puntos brillantes son masas prodigiosas, relegadas á enormes distancias, donde son el centro de una infinidad de mundos, suspendidos sobre nuestras cabezas y donde el globo que habitamos se distinguirá apenas. ¡Cuál no ha de ser nuestro estremecimiento cuando imaginemos un creador de toda esta enorme máquina, llenándola, viéndonos, entendiéndonos, rodeándonos y tocándonos! He aquí, si mucho no me engaño, las fuentes principales de nuestra sensación á la vista del firmamento; es un efecto, mitad físico, mitad religioso. »

La noche ha sido la inspiradora de todas las almas sensibles y desde Goethe exclamando :

¡ Stünd ich Natur! ; vor dir Mann allein!
Da war's der Muhe werth ein Mensch zu seyn,

hasta los bardos contemporáneos, la noche arranca flébiles suspiros y dulces cadencias á las liras y á los corazones.

El cultivo de la poesía enaltece el espíritu; fortalece el ánimo, afina y pule los sentimientos, arraiga el culto por lo bello y lo grande y abre nuevos horizontes para encontrar resignación, consuelo y aliento en la lucha por la existencia.

Y si es tan noble en el hombre, en la mujer es además sagrado y bienhechor, porque la convierte en mensajera de la ternura escrita. Nadie como ella puede traducir los estremecimientos misteriosos que sacan las lágrimas á los ojos y los suspiros al pecho, cuando el amor, como principal agente, la obliga á mover el pensamiento y la pluma.

Nuestro país tiene sus cantoras privilegiadas. Es Sor Juana Inés de la Cruz la primera de todas y de ella dice el Padre Fray Luis Tinco de Morales en la aprobación del tomo que con el título de « Poemas de la Unica poetisa Americana, Musa Décima », se imprimió en Valencia el año de 1709 lo que sigue :

« En el nacimiento de Platón, escriben las Historias profanas, que llovió el cielo oro, para simbolizar lo precioso de aquel ingenio : en el nacimiento de Sor Juana no se dice que genial el cielo se desatase en esta lluvia supersticiosa ; pero sabemos que nació en una tierra, que ella misma produce el oro como llovido. Si esto es pronóstico de algún aprecio, no hay duda que este es mayor y más abundante. »

« Bien veo cuán poco se aplica este metal hacia la parte de los genios versificantes : *me nisi paupertas invida deprimeret*. Todo lo hace la poca honra del siglo que tiene esterilizado el plantel de los Mecenas, y juntamente el de las acciones gloriosas, conque no

hay que extrañar no se estimen los escritos, donde no se atiende al obrar digno de que se escriba. »

Y nada más cierto que lo que dice el Padre Tinco respecto del siglo que esteriliza el plantel de los Meccenas, sobre todo para las poetisas.

Las mujeres que han cultivado la poesía han sobresalido como vivísimas entrelas en su tiempo.

Proba, romana, tradujo á Homero ; Nicostrata madre de Evandro, llamada « Carmenta » ordenó las letras del alfabeto latino : Convina, venció á Píndaro, en Tebas, disputando en verso, y compuso cinco libros de epigramas (léase á « Eliano ») ; Safo, compuso además de sus odas, Epigramas, Elegías y Yambos, creando discípulos y un género de verso, el Sáfico (véanse Suidas y Estrabón) ; Damófila, compañera suya, escribió poemas á Diana ; Stortencia, romana, según Apiano Alexandrino, fué el Demóstenes de su sexo defendiendo con su elocuencia á mil cuatrocientas matronas, de la opresión ; Cornicicia, romana también (epístolas de San Gerónimo) compuso muchos libros en prosa y verso, distinguiéndose tanto en sus rimas fáciles y fluidas que á todos les parecía natural imitarlas ; la mujer de Lucano, Pola, Argentaria, corrigió los tres primeros libros de su marido. (La Farsalia) Elena, madre de Constantino, fué poetisa ilustre (véase Polidoro) ; á Enina la llamaban el Homero de las mujeres ; Casandra, natural de Venecia, se graduó de Doctora, habló en el Senado y compuso una obra « Del Orden de las Ciencias, » pero sería larga la lista de mujeres inspiradas hasta llegar á nuestra Sor Juana, que mereció como Constanza, mujer de Alejandro Esforcia, ser llamada « poetisa única » con la circunstancia de que nuestra Juana jamás tuvo maestros ni consejeros, pudiendo por sí sola, como dice el P. Diego Calleja, llenar de asombro las dos Españas con la opinión de su admirable sabiduría.

Con Sor Juana comienza la serie luminosa de nues-

tros ingenios femeniles, por más que ella, defensora inmortal de su sexo, no pudiera presentir otra patria que la que en su época le designaban el trono y el convento.

Una mujer — según el erudito y laborioso Pimentel — fué la cantora de nuestra Independencia, y tan humilde y modesta que ni á su nombre rinden homenaje en la historia.

« La primera persona que cantó la independencia nacional parece haber sido una mujer, la poetisa Josefa Mendoza que murió á principios del presente siglo. Era natural de Guanajuato » (Pimentel, Historia crítica de las ciencias y de la Literatura en México, desde la conquista hasta nuestros días. Pag. 701).

El sabio literato á quien pertenece esta cita, demuestra que durante la época de la dominación española, hubo en México varias personas del bello sexo dedicadas al cultivo de las Musas, sucediendo lo mismo después de la Independencia, según lo prueban entre otros nombres que pudieran citarse los de Heraclia Badillo, Dolores Guerrero, Josefa Letechipia, Teresa Vera é Isabel Prieto. »

El Sr. Pimentel sólo se ocupa de ingenios que ya no viven y hace bien, porque la posteridad es fría é imparcial, pudiendo por lo mismo calificar sin preocupaciones el mérito de cada uno de los que ocupan el eterno solio de la Fama en los altares de la Historia.

De haberse ocupado de los vivos ya figurarian en las páginas de su interesante libro los nombres de Esther Tapia de Castellanos, Laureana Wright de Kleinhans, Josefa Murillo y Josefina Pérez de García Torres.

De esta última tengo á la vista dos preciosos volúmenes, uno intitulado « Rimas » y otro « Poemas. »

Representan cada uno de ellos, la noble labor de muchos días, tal vez de algunos años, en los instantes

de calma que permite el sacerdocio sublime de la maternidad y los otros deberes íntimos del hogar tranquilo.

Porque antes de juzgar á la poetisa hay que decir algo sobre la mujer, pues existe la dualidad en todos los casos aunque se compenetre y brille como la única luz de dos llamas en las creaciones del espíritu.

Josefina Pérez de García Torres nació en Jalapa, tierra de perpetua primavera, de maravillas naturales, de flores, frutos y pájaros, que realiza el pensamiento de Goethe:

Le pays où fleurit l'oranger,
Le pays des fruits d'or, et des roses vermeilles,
Où la brise est plus douce, et l'oiseau plus léger
Où dans toutes saisons butinent les abeilles.

Una niñez sosegada y dulce; una educación moral y sana, merced á los esfuerzos sacrosantos de una madre amorosísima; una afición desde muy temprano al estudio y cultivo de las bellas letras y después, en el albor de la juventud, un viaje á la capital de la República, donde todos los más ameritados literatos y poetas, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Luis G. Ortiz, Guillermo Prieto, Joaquín Tellez, Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca, y otros muchos saludarán su arribo consagrándole inspirados cantos, celebrando en su honor veladas en el mejor de nuestros Liceos; ofreciéndole un álbum con todos los ejemplares más ricos de la flora de Jalapa y de la flora inmortal de nuestro Parnaso; invitándola á escribir en los más reputados periódicos y á leer sus producciones en los más interesantes círculos y en las más famosas agrupaciones del país.

Su nombre voló entonces por los espacios de la Fama; ciñó las coronas de la admiración y del aplauso unánime; se hizo estimar por su modestia, su discre-

ción y sus virtudes y después, como la inolvidable Carolina Coronado, gloria de España, amó y fué amada; se desposó con el dueño de su corazón, que como los antiguos caballeros levantó para su dama un opulento castillo y se escondió á las miradas de la multitud que la aplaudía para ser en el silencio un modelo de esposas y de madres. Puede hoy como Cornelia, mostrar como sus mejores joyas á los hijos que para regocijo de su corazón le ha dado el cielo y en medio de esa inefable ventura, ahora ha coleccionado y da á la prensa las obras de su ingenio, los frutos de su inspiración, tiernos y delicados, por ser nacidos de su alma, y hermosos y nuevos porque han brotado de un estro que se nutrió en esta virgen tierra americana llena de galas y de esplendores.

Pasemos á examinar las « Rimas. »

El verdadero genio artístico, dice un insigne literato, cumple sin saberlo con todos los preceptos á que debe sujetarse toda obra literaria, y cumple mejor que cualquiera de los académicos, porque la regla no es más que la ley de su naturaleza, que siente con vigor y expresa con exactitud y porque con las alas vigorosas de que está dotado, salva todos los escollos y menosprecia todos los abismos.

Yo convengo en que la forma pulimentada y correcta da mucho ser á las obras, pero entre la forma y la esencia hay una gran distancia, y poco valdrá una composición correctísima pero fría, como sería lamentable hallar otra de mucho fondo y de tosca superficie.

No todos los cultivadores de la poesía estiman las ventajas que resultan del conocimiento de la Retórica y Poética, y debo de advertir que no la considero en el estrecho y pobre sentido de los que la reducen á una colección de artículos con los cuales forman un código literario al que debe amoldarse la composición, sino en el único sentido propio de todo arte libre, que

consiste en el conocimiento de su objeto y contenido, y en el de las transformaciones por que pasa este objeto hasta extereorizarse en la obra literaria.

Dos elementos constituyen el lenguaje poético: uno interno y otro externo; el primero pertenece al espíritu, el segundo es acústico. El poeta que consiga adunar á la belleza de la forma la elevación, hermosura y novedad del pensamiento, habrá dominado el arte y merecerá el lauro de oro destinado á los príncipes del ingenio.

Algunos exigentes buscan en cada obra poética que cae en sus manos, ideas nuevas, sin fijarse en que nada es más difícil que encontrarlas.

Yo no opino como ellos; el pensamiento más vulgar, vestido con un lujoso ropaje, tendrá todos los caracteres de la novedad y dará renombre de artista al que supiere presentarlo mejor que ningún otro.

Ningún pensamiento más trivial que este: « la América no quiere tener reyes. » Pero en la lira del inspirado Eduardo de la Barra, se torna en nuevo y deslumbra con su belleza en la forma siguiente:

« La América no quiere más armiño
Que el que admira en su blanca Cordillera,
Ni más corona que su sol ardiente;
Ni más púrpura espera
Que el vespertino manto de Occidente
Que ondeando flota en su azulada esfera. »

Sentir así y expresarse de este modo, da derecho á erguirse con orgullo en las cumbres del Parnaso, pues encontrar en lo más trivial, novedad y belleza, no le está reservado á todos.

Yo he leído una por una las rimas de nuestra tierna poetisa Josefina Pérez de García Torres, y he encontrado una espontánea naturalidad y un suave sentimiento que las avalora y caracteriza.

Dice nuestra poetisa:

« Engarzado en praderas de esmeralda
Como girón del cielo desprendido,
Refleja un lago en sus dormidas ondas
De las estrellas el fulgor divino;
Así de tu alma en el sereno fondo
Alce el amor su bello paraíso
Y sólo flores se retraten puras
En el cristal de tu existir tranquilo..... »

En una breve composición, que afecta la forma de los lieds de Heine, nos dice:

« Cuando la noche esparce
Su oscuro velo
Y mis ojos se cierran
Al blando sueño;
Junto á mí pasan
Los muertos que he querido
Con toda el alma.
¿ Es acaso, Dios mío,
Que en el arcano
De tu bondad sublime
Y eterno encanto;
Al que en ti espera
Permites mirar vivas
Sus dichas muertas? »

Hay en « La Vida del Campo » matices que recuerdan la realidad del paisaje á cuantos conocemos el hermoso vergel donde nació Josefina; y á nadie que haya visto aquella naturaleza exuberante, le disgustarán los siguientes toques que realzan el cuadro:

« El trigal les regala
Sus granos de oro,
El maíz sus mazorcas
De flecos blondos.
..... »

El algodón sus copos
 Despliega rico,
 Los vellones mostrando
 De blanco armiño,
 Que en las llanuras
 Argentadas parecen
 Flores de espuma. »
 Entre las verdes hojas
 Se abren ufanas
 Las rojas florecillas
 De las granada;
 En cuyo fruto
 Fulguran los rubies
 De dulce jugo.

Los sentimientos delicados, la ternura íntima que anida en el corazón femenino, encuentra en la rima fácil y sencilla una expresión franca y verdadera; por esto las buenas poetisas son tan estimadas, porque nadie les supera en sencillez para la revelación de las dotes del espíritu.

Dice la inspirada cantora que estudiamos, en el final de un soneto dedicado á la santa mujer que le dió la vida :

Hora sublime en que la tierra entona
 El hosana de amor que á Dios envía.
 Como una ofrenda que á su culto abona

Yo envidiando tan dulce melodía
 Como al creador te ofrezco una corona
 De suspiros del alma, madre mía.

Ha sido privilegio de nuestra rica lengua que con ella pueda imitarse la armonía más dulce en el metro alejandrino; y poetas hay como Zorrilla, Grilo y otros, á los que puede llamarse músicos de la palabra. Josefina Pérez maneja con habilidad y elegancia este metro y de ello da prueba en la poesía intitulada

« Adoración » en la cual encontramos estrofas como éstas :

Con marco de corales y conchas purpurinas
 Espejo á tu belleza le ofrece el ancho mar
 Y borda de luceros las nitidas cortinas
 Que en olas espumosas despliega al murmurar.

Y todo este conjunto de galas y armonías
 Tan sólo á tu mirada del polvo se formó,
 Que al fiat de tu palabra formáronse los días
 Y todo el Universo de seres se pobló.

Es grato que una mujer cante á la patria y á sus héroes y satisfice que para tan nobles asuntos elija lo que llamaremos la entonación majestuosa de los clásicos.

Tiene Josefina Pérez un canto á Hidalgo y en él encontramos arranques dignos de todo aplauso.

¡Oh! si dado me fuera
 Inspirarme de Hidalgo en el ejemplo!
 ¡Oh! si mi voz tuviera
 Prestigio, yo erigiera
 En cada pecho mexicano un templo!

¡Oh! mártir de la idea!
 Trémulo el labio con amor te nombra
 Porque el alma desea
 Que á México le sea
 Propicia y grata tu bendita sombra.

No seré yo el que pretenda afirmar que nuestra poetisa obedece á una escuela determinada, ni que ha creado estilo, ni que brilla por una corrección académica. Si ser poeta es « pensar alto, sentir hondo, y hablar claro » todo el que lea las « Rimas » hallará

en muchas de ellas estas tres condiciones. Dotada desde muy niña de una asombrosa facilidad para expresar en verso sus sentimientos, gran parte de estas composiciones han sido elaboradas en los primeros días de la vida; cuando la ilusión derrama sus fulgores color de rosa en los horizontes que la esperanza finge delante de nuestros ojos.

No pidáis corrección clásica, ni pulimento académico á lo espontáneo é inexperto que brota con la primera sonrisa ó con la primera lágrima.

No puede negarse que la belleza de las imágenes es la que avalora y enaltece las composiciones y muchas bellas imágenes encontramos en las poesías de Josefina

« Las miradas de amor del infinito
Son las estrellas que en el éter tiemblan »

dice en su composición « Al Genio » y en un delicadísimo romance consagrado « Á un Poeta » encontramos rasgos como éstos:

Los blandos trinos
Que en coro exhalan
Las aves todas
De la montaña,
Cuando la noche
Tranquila avanza
Llorando estrellas
Sobre su falda;
No son tan dulces
Como de tu arpa
Los dulces sonos
Que vierte blanda.

¡ Oh! ¡ sí! Poeta,
Cuando tu cantas
Envidia tienen
Todas las auras,

Las aves todas
De la montaña;
Todas las fuentes;
Todas las almas!

El canto « Á Jalapa » es descriptivo y real pues todos los ricos matices de la mejor paleta se encuentran pobres cuando se trata de copiar un vergel tan lleno de hechizos naturales.

¡ Oh! quién cantar pudiera con célica ternura,
Tus valles y tu cielo, tus bosques y tu sol!
Tus diáfanos celajes, tu espléndida hermosura,
Tus auras y tus fuentes de lánguido rumor!
Pero hija de las sombras, acaso no es mi suerte
Morir entre esas flores que desde niña amé!
¡ Ni un canto digno tengo, Jalapa, que ofrecerte,
Pues son mis pobres versos cantares sin valer!

Que Dios te dé, Jalapa, la dicha [que ambiciono
Y alumbre un sol de gloria tu hermoso porvenir!

¿Cómo no se ha de suspirar por la nativa tierra y cómo no han de consagrarse acentos llenos de pasión y de ternura? En el alma de Josefina, vibran todas las cuerdas del sentimiento y del amor cuando consagra sus inspiraciones á los cultos íntimos de la patria y de la familia.

En su canto « La Mujer » hay pensamientos levantados y hermosos, pues nuestra poetisa como hija de un siglo luminoso, sueña y anhela para gloria de su sexo todo lo que pueda levantarlo é inmortalizarlo en la escala de la Ciencia, de la Razón y de la Virtud.

En la composición « Horas Vespertinas » se muestra pintora habilísima de las ansiedades del pecho enamorado y revela cómo sabe y puede manejar la pluma en el género subjetivo que tanto la caracteriza en la mayor parte de su labor poética.